

El límite exterior es el fin de tu universo. Ansías la suavidad de otro fruto en contacto con tu piel, te relaja, te conecta con la vida. Desprecias la semilla que le ha dado todo su sabor, es sólo un hueso duro. Tú quieres un melocotón. Tras él de hoy, tomarás otro.

Tercer melocotón

Un tercer melocotón tiene su carne ya madura. Es más frágil. Un golpe lo amarrita. Puede caer por su propio peso. Su aroma dulzón traspasa la carne y llega hasta el corazón, que demanda más calor al pasar los años. Me extrañaría verte tomar esta fruta.

Quien sólo come melocotones por el placer de su carne no puede hacer otra cosa. Es saber que está allí a mano lo que satisface, comerlo al gusto. Un sabor

más denso por efecto del tiempo obliga a variar lo que se desea de la vida. Si es dulce o amargo nuestro sino. O sustituirlo por un cuarto melocotón.

Cuarto melocotón

Incapaz de plantar un huerto, ¿con qué moneda pagas todos los melocotones que tu mano toma? Con tu promesa de saborearlos como se merecen. Dulce promesa. El destino de una buena fruta. Pero no es conocer su gusto lo que buscas, tan sólo saborearlo. Un hueso pelado queda de cada experiencia. Ni siquiera te tomas el trabajo de enterrarlo para que fructifique de nuevo.

Segundo melocotón

Carne turgente roza tus labios ahora. Para siempre fundida a ti. ¿Se compara con el anterior el primer mordisco de un segundo melocotón? Te llenas de fruta. No sientes que me llevas contigo, tu mano gélida incapaz de germinar un hueso. Acaricias pero no calientas el corazón. Mi recuerdo en tu carne ha de estar tan impregnado que estás negando tus entrañas para saborear un segundo melocotón. La mano que no maduró el hueso tampoco lo hizo con tu corazón. Mal ama quien no fue capaz de crecer.

¿No reclama mi olor? ¿Qué hace tu cuerpo con mi recuerdo? Dicen que la memoria de la carne es eterna. La piel recuerda cómo fue acariciada. Sin un gramo virgen que te cubra, ¿qué puedes ofrecer que no sea mío?

Todos se adhieren a tí, ¿qué haces con la memoria de tantos sabores?

Corazón que no se endulza, corazón que se endurece. Como el rugoso hueso que queda de un melocotón después de ser comido. Sus meandros esconden la promesa de un mismo melocotón renacido. Degustarlo una y otra vez, siempre diferente y siempre el mismo, si acoges en el hueco de tu palma ese duro núcleo. Una mano es tantas cosas. También la que se limpia los restos de la boca y toma un segundo melocotón del árbol.

Primer melocotón

Tomo uno de los cuatro melocotones del árbol que estaba antes que tú y que yo y como de su carne sanguinolenta. Mi corazón es hoy ese melocotón que tú mordiste con indiferencia. Una fruta más dentro del jardín. Ese melocotón se mezcló para siempre con el sabor de tus labios. Sólo quedó el hueso. Formará parte eterna de tu existencia. Como nuestros amigos idos. Como los gestos de la vida que se cuelan raudos por el camino oculto a nuestra conciencia.

La fruta degustada endulza el corazón cuando no se come con hambre de poseerla. Se puede tomar un melocotón de un árbol porque ha nacido en tu jardín y no sabrá igual otro, o porque es el más carnososo. Hasta que crezca otro, y otro.

Maria Cera
<http://www.escrituraprofesional.com>
<http://twitter.com/mariacera>

Portada:
 María Airospide
http://www.ediciona.com/marvi_airospide_navarro-dif-22261.htm

Micronarrativa - O56
 Noviembre de 2010

Nanoediciones
<http://nanoediciones.com/>

Licencia de Creative Commons
 Reconocimiento-No Comercial-Compartir igual 3.0 Unported
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>

